

ENTRADA  
11 DIC 1934

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

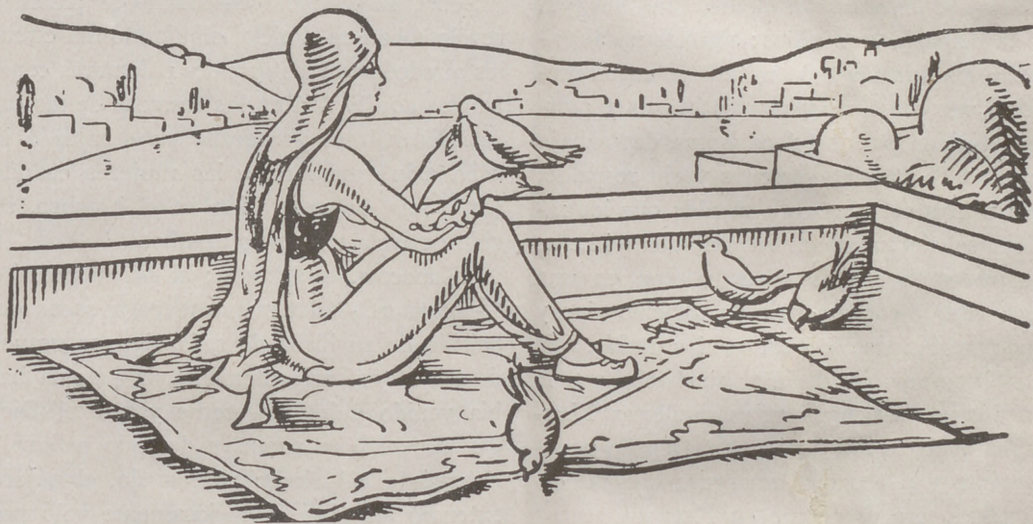
MSAHAGUN

Año LXI

Madrid, 2 de diciembre de 1934

Número 48

## La canción de los nudos



**S**ENTADA en la terraza de la casa paterna, en Kerman, ciudad persa, la joven Fatmah contemplaba la puesta del sol. Estaba grave y pensativa, porque su padre la había informado aquel día que, según la costumbre, todavía respetada por numerosas familias persas, él y su madre le habían escogido un marido. Mirza Alí era el nombre de su futuro esposo; tenía treinta años de edad y pertenecía a una antigua y honrada familia. Era maestro tejedor y propietario de una pequeña fábrica de tapices, situada cerca de la puerta del Este. Fatmah supo también que Mirza Alí tenía la mejor clientela entre los extranjeros de la ciudad; se sabía que él solamente empleaba los dibujos y las pinturas de sus antepasados; sus tapices eran por consiguiente de más valor que los tejidos en las nuevas fábricas extranjeras. Es-

tos últimos, en efecto, se servían de tintes proporcionados por los occidentales y su trabajo resultaba demasiado ligero.

“Mirza Alí”, repitió alegremente la muchacha, colocándose el chal de cachemira sobre sus hombros porque la ligera brisa de abril que inclinaba sobre su cabeza los esbeltos álamos del jardín, se dejaba sentir ya.

Era la hora de la oración. Los ojos de Fatmah se dirigieron hacia el balcón de una mezquita muy próxima, donde un viejo sacerdote, cuya voz se elevaba y decrecía en extrañas melodías, cantaba la llamada ritual. Fatmah se imaginaba los cientos de fieles extendiendo sus tapices y arrodillándose para orar con el rostro vuelto hacia la Ciudad Santa de la Meca.

Miró hacia la puerta del Este y se pre-

guntó si Mirza Alí se prepararía también para la oración.

En efecto, en aquel momento, el maestro tejedor no tenía deseos de orar; estaba en pie, delante de la puerta de su pequeño almacén de ladrillos, con los ojos fijos en el edificio de los muros bajos que bordeaban el otro lado de la calle y, sin preocuparse de sus obreros que salían del taller, miraba a los tejedores que, igualmente abandonaban la fábrica de su contrincante. Entre estos obreros se encontraban algunas mujeres, pero la mayoría eran niños; algunos no alcanzaban los seis años. Su mirada se ensombreció al ver cómo estiraban los brazos y piernas, rígidos por las doce horas de trabajo pasadas en bancos estrechos y sin respaldo, que debían ser alzados a medida que los tapices se alargaban en innumerables hileras de nudos. Sus ojos se detuvieron en una niña vestida con un traje de amarillo vivo y que parecía más contenta que las demás. "El tapiz que yo tejo, decía al muchacho que le daba la mano, tiene flores maravillosas, Mustapha". Mirza Alí notó que marchaba pensativamente y pensó con amargura que tal espectáculo era frecuente en Kerman.

Con el rostro ensombrecido, Mirza Alí entró en su taller, ahora vacío; los cinco grandes telares estaban apoyados en el muro. Al examinar los últimos puntos de los tapices comenzados, rechinó los dientes. Abdullah Sivandi, el propietario de la fábrica de enfrente, vendía tres tapices por el mismo precio que él dos de los suyos. Aquel podía hacerlo—como las otras grandes fábricas—porque no empleaba más que niños. Daban como excusa que los nudos minúsculos de los dibujos de Kerman resultaban mejor cuando los hacían los pequeños. Eso era verdad, pero Mirza Alí, después de un contrato firmado por su país con ciertas naciones extranjeras en el que se comprometía a no emplear niños en los talleres de tejidos, había despedido a todos los que tenían menos de diez años. y no contrataba más que mujeres y jóvenes de ambos sexos. Es-

ta obligado a darles un salario mucho más elevado. El maestro tejedor pensó en Fatmah, su bella novia de ojos negros, e imaginó un instante que ella también podía estar enfermiza como todas estas muchachuelas, que desde hacía años tejían sobre bancos estrechos. Su pie tropezó con un telar. Gruñó, volvió a poner con rabia el mueble en su sitio y salió. El canto del muezin había terminado. Mirza Alí se arrodilló y se puso a orar.

Sobre la ciudad, centenares de palomas revoloteaban en el cielo, dibujando mil círculos alrededor de los grandes palomares contruidos aquí y allá en las terrazas de las casas. Fatmah se preparaba para bajar a la habitación reservada a las mujeres cuando sintió una suave presión en el hombro, su oído percibía un tierno arrullo.

"Kabootar, amor mío; al fin has vuelto —murmuró— deteniéndose para sacar del bolsillo de su blusa de seda algunos granos de trigo que, evidentemente, la paloma había venido a buscar—come y que el Dios del Universo te preserve de todo peligro". Después que la hubo obsequiado, el pájaro extendió las alas y graciosamente voló por encima del muro que rodeaba la terraza.

Fatmah corrió para verla posarse. Se detuvo un instante y miró la calle llena de gente, donde rara vez se permitía pasear a las mujeres. Estaba fascinada por todo aquel movimiento; el ruido de las sandalias arrastrándose sobre la acera, el murmullo de cientos de voces, los gorros negros y blancos de los hombres, los brillantes pañuelos de las mujeres, los mantos negros, pardos, azules, de anchos pliegues, los asnos cargados de haces de leña cogidos en la montaña, los perros salvajes errando en grupos, los comerciantes de opio balanceando sobre su cabeza cajas redondeadas de cobre, los niños pegándose en broma, molestándose y corriendo... Un perro atrapó a un muchacho un enorme pan moreno que llevaba bajo el brazo.

El niño chilló; los otros perros ladraron

y con todo esto se produjo una algazara espantosa. Alguien lanzó una piedra al perro para recuperar el pan; la piedra erró el golpe y vino a dar a una de las palomas que huían alarmadas por todo este ruido. Fatmah la vió aletear y caer.

—¡Es mi Kabootar!—gritó desolada.

Experimentó cierto alivio al ver que una muchachita, un poco más joven que ella, se abría paso a través de la muchedumbre y cogía tiernamente al animalito.

“¡Pobre paloma!”, oyó decir a la niña, la cual acariciaba al pájaro herido y le hacía un nido en su traje amarillo hecho jirones. En menos de unos segundos Fatmah fué a la entrada de la casa y rogó a una criada que abriera la pesada puerta y que fuera a buscar al pájaro.

“Pero si es mío”, objetaba la niña con terquedad a la criada, que trataba de recordar su paloma.

Fatmah se reunió con ellas.

“Ven a mi jardín”, dijo a la muchacha desarrapada, que la miraba con desconfianza.

Después de un momento de vacilación, la niña pasó el portal y la siguió por el más bello jardín que había visto en su vida. Dicho jardín estaba rodeado por muros muy altos cubiertos de vides rojas que lo ocultaban a las miradas. Altos y sombríos cipreses erguían sus copas hacia el cielo crepuscular de azul oscuro y parecían protegerles contra el ruido de la calle. Oían el murmullo apagado de una fuente invisible. Fatmah atrajo a la niña hacia un banco cubierto con un grueso tapiz.

“Esa paloma es mía”, comenzó a decir Fatmah dulcemente. “Todos los días la doy de comer”. Sacó de su bolsillo un nuevo grano de trigo; la paloma, herida, lo rehusó; los ojos de Fatmah se llenaron de lágrimas.

(Continuará.)

## Un viaje a Mallorca

(Conclusión.)

Seguimos ahora por la calle de los Olmos hasta llegar a la Rambla, que con diferentes nombres llega hasta el paseo más importante y más concurrido: el Borne.

Estoy viendo que algunos de mis sobriños pequeños se están fatigando por el largo paseo alrededor de la ciudad y creo que lo más conveniente es montarse en un tranvía, ¿qué os parece?

Cogeremos uno, cuyo letrero superior dice “Cas Catalá”. Una vez en él y ya en marcha, podemos admirar una vez más en el trayecto el hermoso paseo de Sagrera, del cual ya hablamos al visitar La Lonja, y después de cruzar el puente sobre la “Riera” entramos en el populoso barrio de Santa Catalina, en cuya calle de Murillo está ins-

talada la Iglesia Evangélica de Palma y en donde vive vuestro Tío de Mallorca.

Como no podemos detenernos, seguimos adelante y muy pronto nos hallamos entre bosques y jardines y por otro lado cerca del mar.

Este es el lugar más bonito de Palma, especialmente al atravesar los barrios de Son Alegre y el Terreno, lugar de chalets y estancias, la mayor parte alquiladas a extranjeros.

En este distrito podemos ver en inglés la mayoría de los letreros y anuncios de las tiendas de comercio y en menor número anuncios y letreros en francés y alemán.

Llegamos después a Porto-Pi, lugar del Faro y torre de señales, en donde hay una muy bonita “cala” donde pasear y descansar. Dejamos Porto-Pi y al poco rato, y desde el tranvía contemplamos un gran declive en cuyo fondo se ve una pequeña playa llena de gente que se baña en el mar.



—“No, eso no puede ser por ahora; tenemos que seguir adelante, que hemos tomado billete hasta el final del trayecto”.

Algunos de los sobrinitos deseaban aparecer para tomarse un baño, y no vendría mal, pues el calor aprieta y estamos cansados; ya veremos más adelante.

Poco después de atravesar la barriada de San Agustín, llegamos a “Cas Catalá”, lugar tranquilo, con el mar muy cerca y unos pinares que llegan hasta la orilla del mar. Sentados a la sombra y con un espectáculo maravilloso ante nuestra vista, respirando la brisa marina, pura y fresca, recuperamos las fuerzas perdidas y nos gozamos en la contemplación de las bellezas que nuestro buen Padre celestial nos proporciona mediante la Naturaleza.

Poco después volvemos a tomar el tranvía, con el corazón contento por la excursión realizada, y regresamos a la ciudad para descansar y prepararnos para nuestros viajes a distintos lugares de esta tan hermosa Isla de la Palma.

Se despiden de vosotros hasta entonces vuestro,

TÍO DE MALLORCA

Próxima excursión: *Valldemosa, Deyá, Soller.*

## El fundador de la Cruz Roja

EN los albores de la ginebrina Unión Cristiana de jóvenes hubo uno que llamó la atención por su considerable actividad de propaganda, por su entusiasmo y su fe. No sólo evangelizaba en la ciudad, sino que durante el verano, cuando las escolares vacaciones pasadas con su familia en el campo, también reunía allí a los jóvenes que se con-

sideraban bien dispuestos para aceptar el Evangelio. Este muchacho estaba llamado a grandes empresas, a ser el ángel tutelar de los combatientes heridos. Fué hombre de amor. Sintió como nadie el horror de la guerra... Este muchacho se llamaba Enrique Dunant.

(Del almanaque evangélico “Luz y Vida”)

Núm. 5

## El Investigador Bíblico

### BUSQUESE LA PALABRA PERDONAR

En cada uno de los capítulos siguientes:

LIBRO	CAP.	VERSICULO
San Mateo.....	6	
San Lucas.....	7	
Romanos.....	4	
San Marcos.....	2	
Santiago.....	5	
1. <sup>a</sup> Juan.....	1	
San Lucas.....	23	
San Lucas.....	6	
Efesios.....	4	
Colosenses.....	3	
2. <sup>a</sup> Corintios.....	2	
San Mateo.....	18	

....., de ..... de 193

(Firma) .....

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla - Marqués de Urquijo, 10

